

Precio 15 céntimos



GALERÍA ARTÍSTICA

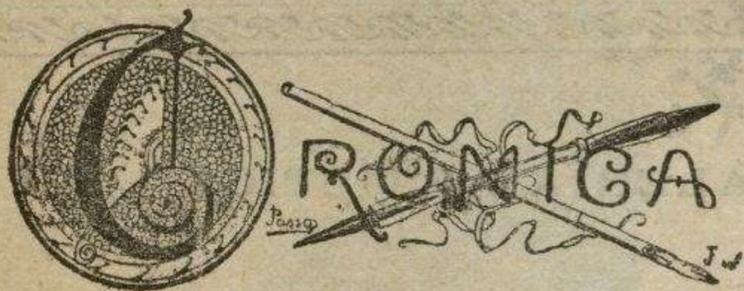


# LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



¿Quién se quejaba de la falta de trabajo? Ahí tienen Vds. al verdugo de la Habana que ha presentado una instancia al gobernador civil pidiendo su relevo.

Dice que el trabajo le abrumba, que en muy poco tiempo ha tenido que ejecutar á 38 reos, y que prefiere cumplir los 17 años de cadena á que está condenado, antes que seguir en ese oficio.

Ya estoy viendo desde aquí la sonrisa sardónica de algún conservador que dice: Esa gente nunca está contenta. Malo si hay trabajo, peor si no le hay.

La verdad es que al verdugo de la Habana le sobra razón para quejarse.

Treinta y ocho víctimas en poco tiempo dan que reflexionar á cualquiera.

Ese verdugo se ha dicho: si el trabajo va en progresión, no voy á tener tiempo para comer... Renunciemos generosamente á la mano de Leonor.

Lo que debería hacer el gobierno es dividir esa plaza en cuatro, y en vez de un verdugo que se fatigue que haya dos *pareles* que se repartan la faena.

Uno de los principios de la economía es la división del trabajo.

Dividamos al verdugo de la Habana y demos ocupación á tres cesantes más.

Siempre serían tres bocas menos que temer.

Y la justicia histórica continuará llenando magestuosamente su misión.

\*\*\*

Continúan dando juego los Estados Unidos.

Se publica allí un periódico titulado *The Summers Tour*, dirigido por un chiquitín que se llama Tello.

—¿Tello Almondarein?— preguntará cualquiera.

—No, señor; Tello d' Apery, que es tan chiquitín como el citado redactor de *La Epoca*.

Y además de chiquitín solo tiene doce años.

¡Un director tan primerizo! Yo quisiera ser redactor bajo sus órdenes.

Parece ser que Tello d' Apery está de moda en Nueva York. Las *ladys* se lo disputan; en las reuniones se lo comen á besos.

Ese *chacatin* tiene como colaboradores de su periódico á varios reyes, principes y *manates*, que diría Feliu Martí ex-alcalde de Gracia.

La reina de Rumania y el general papalina, digo, turco Osman-Baja le han enviado artículos que ha publicado.

Solo le ha faltado la firma de Carlos Chapa y

de Carulla para acabar de dar lustre á *The Summers Tour*.

La precocidad va á concluir con todos nosotros.

Desde que un niño me dijo hace pocos dias que él me haría por poco precio artículos como los de Taboada, Cavia, Matoses y Palacio, no he vuelto de mi asombro, y comprendo á ese Tello de Nueva York por el sinnúmero de Tellos que está incubando la generación actual.

Si á los doce años se dirige un periódico, á los trece se puede dirigir un globo y á los catorce la nave del Estado.

Yo ya he conocido niños precoces y hasta escritores idem, pero todos se han parado como mula de alquiler después del primer arranque.

De todos los *sobresalientes* de mi tiempo no he conocido á ninguno que haya llegado á hacerse célebre. En cambio muchos *suspensos* han llegado á gobernadores y á literatos eminentes.

Dios haga que ese Tello norte americano no se nos malogre en la flor de su vida, y después de dirigir un periódico á los doce años, no tenga que escribir fajas á los veinticuatro.

Porque de estos fenómenos está el mundo lleno.

\*\*\*

El califa de Khartum está inconsolable. Tiene setecientos relojes y ninguno da la hora.

El bien quisiera que se los arreglasen, pero da la casualidad de que ningún relojero quiere habitar en sus dominios, porque parece ser que el califa... *¡riss!* corta las cabezas á los extranjeros como si fuesen un mueble que le estorbase.

Varias proposiciones han sido dirigidas á algunos relojeros para que vayan á arreglarle los cronómetros, pero todos dicen *¡zape, gato!* con la más honda convicción.

Yo no veo más que un medio para que le *arreglen* los relojes (si no son de *liquen*) al califa de Kartum: dar la noticia á los tomadores de Barcelona.

Así que estos huelan que hay en alguna parte setecientos relojes, salen en masa y como un solo hombre para dirigirse á la ciudad indicada y allí son capaces de poner mano en los cronómetros y hasta en el turbante de ese califa,—que no debe ser el torero del mismo nombre.

¡Brava hazaña había de ser para el *Manitas*, el *Solo*, la *Percha*, el *Frutos*, etc. etc., el hacer noche todas esas prendas y dejar sin respiración á todos los *khartumanos* ó *khatumienses*!

Noticia grave es esta que dan los periódicos, porque á estas horas los taruguistas van á estar viendo relojes por todas partes.

Así como así ya no va quedando ninguno en esta vieja Europa...

Con que ¡sus! ¡timadores! ¡á Khartum!

\*\*\*

¡Bárbaros al frente!

Ahí salen dos vecinos de Denia que por ga-

narse una *paella* de cincuenta pesetas de coste, han apostado á beberse sesenta y dos cántaros de agua.

El primero de estos brutos que se meta ese Mediterráneo en el cuerpo habrá ganado dicha comida, si no se gana antes una inundación ó diluvio universal que le lleve Pateta.

En esto de apostar hay cada mameluco que hace dudar de que el hombre sea un animal razonador.

Se concibe que haya quien apueste á quien beba más vino, ó á quien coma un buey asado ó dos ó tres cochinitos al horno, ¡pero apostar á quien beba más agua!... Tienen esos imbéciles más que dejarse caer en el mar ó en un río y allí darse el apetecido atracón.

El mismo periódico que nos da la noticia de la apuesta de los dos vecinos de Denia cree que el alcalde de esa población se opondrá á tamaño desatino.

¿Y porqué? ¿Prohíbe la ley de Ayuntamientos por ventura llevar á beber á ese par de acémilas?

No; que se atraquen de agua, ya que es ese su gusto.

Aquí lo que cabe es que el gobierno envíe un marqués de Aguiar de Campoo para que inspeccione los desastres que puedan causar esos dos apostadores cuando se vacien.

Y si los barrios bajos de Denia se ven inundados que corte por lo sano poniendo dique á tamaña atrocidad.

El cómo queda á la discreción del representante del gobierno del Sr. Cánovas.

ELIDAN.

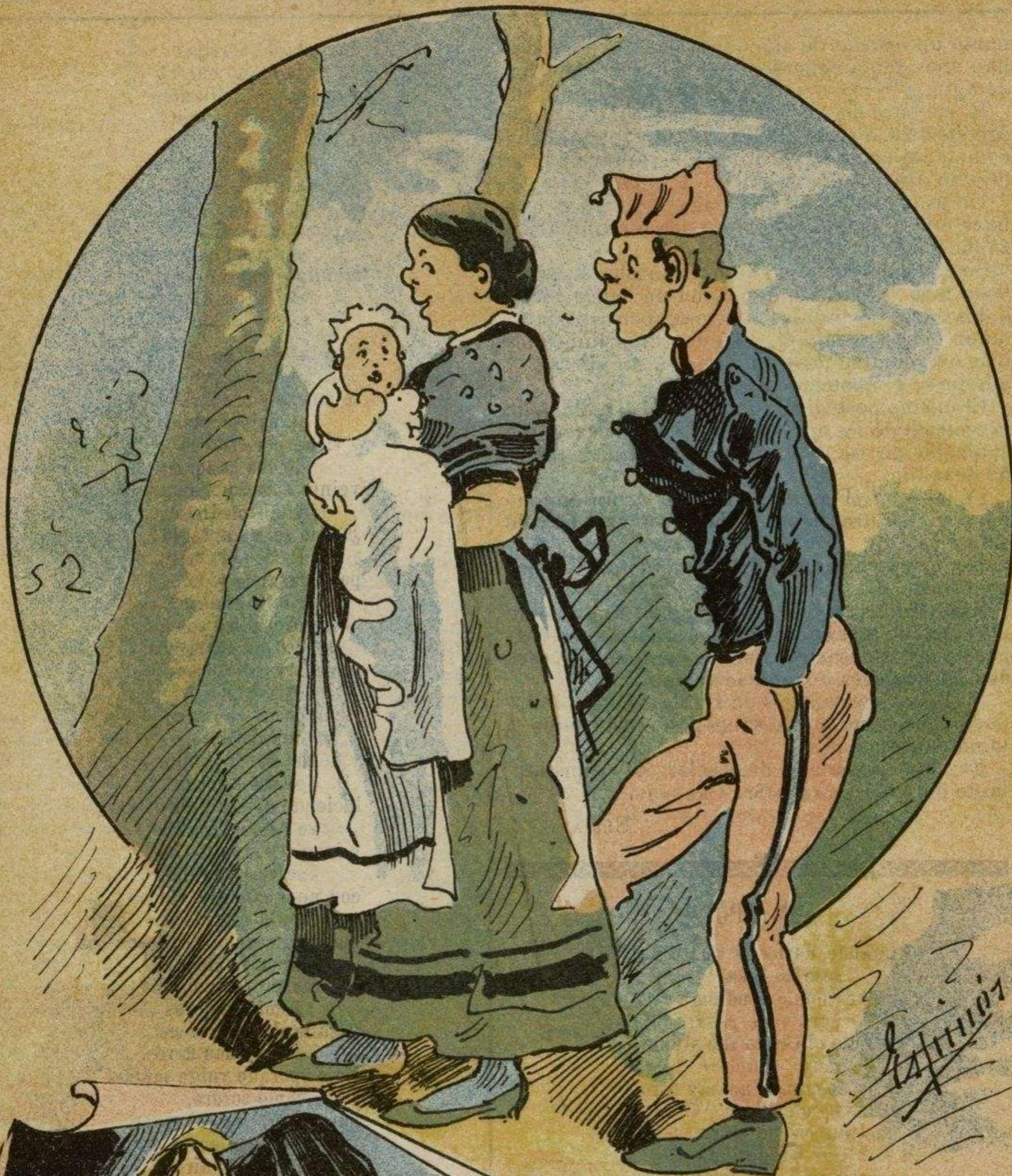
### UN TIPO

Cuando Perico el Chato,  
sale de casa  
va vertiendo sandunga  
por donde pasa;  
porque el Chato fué siempre  
muy *cabayero*  
y en el mundo no hay otro  
banderillero  
que tan sereno clave  
las banderillas  
en el hueco que dejan  
las paletillas.  
Resultan, cuando airoso  
deja los palos,  
unos pares muy buenos  
y otros muy malos.  
Pero aparte del arte  
no hay un torero  
que se plante en la plaza  
con más salero  
mirando á las barbianas  
de los tendidos  
con los rasgados ojos  
adormecidos.  
¿Y en la calle? ¡Dá gusto  
verle en la calle  
con una chaquetilla  
ceñida al talle,  
pantalón ajustado,  
faja encarnada  
y una cara muy grave,  
muy afeitada!

cuajada de sortijas  
la mano entera  
y dos ó tres brillantes  
en la pechera.  
Anda continuamente  
fumando puro;  
¡cigarros que le cuestan  
á medio duro!  
y toma cada día  
como un valiente  
treinta ó cuarenta copas  
del aguardiente.

Con tales aficiones  
y tanta gracia  
se muere por servirle  
la aristocracia,  
y tiene por trofeos  
de sus conquistas  
veinte ó treinta duquesas  
y mil modistas.  
¿Cómo se las arregla  
Perico el Chato  
para pasar la vida  
con tal boato?  
¿De qué medios se vale,  
de qué ocasiones  
para llevarse á casa  
los corazones?  
Él se da mucho tono  
de caballero,  
y dónde él está nadie  
gasta dinero,  
luciendo el cuerpecito  
se pasa el día  
y luego, por la noche  
se va de orgía  
con unos cuantos chicos  
de la grandeza  
que están muy orgullosos  
de su nobleza  
y otras tantas mujeres  
á cual mejores  
y gallardas y frescas  
como unas flores.  
No es porque valga mucho  
como torero,  
puesto que será siempre  
banderillero  
y pone, cuando airoso  
clava los palos,  
unos pares muy buenos  
y otros muy malos.  
Tampoco en el ingenio  
brilla gran cosa,  
pues aunque la figura  
tiene graciosa,  
el alma no revela  
pizca de gracia,  
ni chispa ni salero  
ni perspicacia;  
y cuando habla, que ocurre  
muy pocas veces,  
no salen de su boca  
más que sandeces.

¿Por qué, pues, tiene tanta  
suerte este chico?  
por mucho que lo pienso  
no me lo esplico.  
De lo cual cuando veas



—¿Digazté, paisaniya, me permite ozté dar un beso a ese niño en la cara mismamente de ozté?



Estas también han criado



-Chica, serás infeliz  
con D. Luis. Es hombre serio  
y luego tiene un infierno!...  
- Mejor; seré emperatriz.



Concurrentes entre bastidores.  
La pejiquera de los tramojistas

este retrato  
de lo que es en el mundo  
Perico el Chato,  
puedes sacar en limpio,  
lector, si quieres,  
que son tontos los hombres  
y las mujeres.

SINESIO DELGADO.

### NO ES CASA DE HUÉSPEDES

Tilin... Tilin...

—Quién es?

—Está la señora?

—Para qué la quiere usted?

—¿Yo? Para nada. ¿No es aquí donde se alquila un gabinete á un caballero solo?

—Sí, señor, pero la señorita no interviene en estas cosas.

—Pues, he leído en *La Correspondencia*...

—Pase usted.

—Gracias.

—Esta es una casa muy decente.

—Me alegro. Con que, á ver si nos arreglamos.

—¿Qué dice usted?

—A ver si me conviene el gabinete.

—¡Ah! Creí que se había usted figurado otra cosa. No vaya usted á creer que esta es una casa de poco más ó menos.

—¡Libreme Dios de creer nada de eso!

—Es que ustedes los hombres, piensan muchas veces lo que no es. ¿Con que, usted viene á ver la habitación, no es eso? Pues aquí tiene usted el gabinete; por supuesto, debo advertirle que sólo se alquila á una persona estable...

¿Es usted estable?

—Por tal me tengo.

—¿Fuma usted?

—Segun y cómo: si me ofrecen un cigarro, ¡ya ve usted! no voy á dar un desaire...

—¿Pero no escupirá usted mucho?

—¿A dónde va usted á parar?

—Es necesario. La señorita me ha dado esas instrucciones y yo las cumplo al pié de la letra. Ella, ya se vé, no está bien que se ocupe en estas cosas. ¡La viuda de un juez de primera instancia!... Porque su marido era juez... Pues como decía á usted, sucede que una amiga suya, fué y puso un anuncio en *La Correspondencia* y le salió un huésped, que no es huésped, porque la trata como si fuera de la familia y le da 24 reales diarios por el gabinete y come con ella á la mesa. Como mi señorita tiene tambien habitaciones sobrantes, vamos al decir, no ha querido desperdiciar la ocasión... En fin, ya ve usted qué gabinete tan mono, con su buena sillería y su estera de cordelillo.

—No me parece mal.

—Como la señorita es tan decente, que puede que la haya usted oído nombrar, no se decide á abrir su casa á un cualquiera, y como hay tanto pilló por ahí... Estoy segura de que conoce usted á la señorita. ¡Vaya si la conocerá usted. La de Lucientes.

—No recuerdo...

—¡Pues si anda mucho por los periódicos! Aún no hace dos días salieron unos versos suyos en el *Sabañón literario*... ¡Y si viera usted que pronto los ha hecho! Estaba yo guisando

unas judías, porque se muere por las legumbres, y entró ella en la cocina á decirme que le fuera á comprar un cuadernillo de papel de barbas, y antes de que volviese yo con el papel ya tenía ella escritos los versos sobre la tapa del fregadero. Dice que le entra la inspiración de pronto y para que no se le vaya, escribe en lo primero que encuentra á mano. El otro día, que tampoco tenía papel, me puso á mí un soneto en una enagua que acababa de traer la lavandera.

—¿Qué fecundidad!

—Es atroz. Ahora, entre ella y el hijo de uno que está empleado en el Ayuntamiento, andan componiendo una comedia. Y lo hacen para vengarse de las del cuarto principal, que son unas malas lenguas. A la madre la ponen en la comedia de chismosa y calumniadora, que no hay por dónde cogerla.

—Me alegro mucho.

—¿Las conoce usted?

—No, pero como si las conociera. Con que vamos á ver si me convienen las condiciones del alquiler.

—¡Ah!, es cierto... ¡Se retira usted muy tarde?

—No tengo hora fija.

—¿Canta usted? ¿Toca usted algún instrumento?

—No; pero aprenderé si es necesario.

—Al revés. La señorita no quiere músicas en su casa. ¿Es usted soltero?

—Completamente.

—Bueno; aunque tenga usted relaciones amorosas es lo mismo; fuera de casa puede usted hacer todo lo que se le antoje.

—Muchísimas gracias.

—Las condiciones son las siguientes: El gabinete es para usted solo; pero puede usted entrar en la sala cuando no esté en ella la señorita; tambien puede usted utilizar el comedor á las horas del almuerzo y la comida. Para comer se le darán á usted...

—Pasemos por alto la comida, porque supongo que será como en todas partes.

—Nada de eso. En primer lugar, ya ha visto usted el anuncio de *La Correspondencia* que dice: «Una señora sola admite un caballero. No es casa de huéspedes...» ¡No es casa de huéspedes! Fijese usted bien en esas palabras; no vaya usted á creer que aquí se admiten huéspedes; aquí se alquila un gabinete á un caballero con asistencia ó sin ella, y nada más.

—¿Cree usted acaso, que los huéspedes no son caballeros?

—Yo no entiendo de eso, la señorita lo ha determinado así, y como es de muy buena familia, no quiere sonar para nada.

—Pues que no suene.

—Este es el trato: chocolate por la mañana; huevos y un plato fuerte para almorzar; sopa, cocido, pan y postres para comer. El vino es aparte.

—Corriente.

—Y por todo esto, pagará usted veinticuatro reales, en mensualidades adelantadas.

—Bueno.

—¿Ronca usted?

—¿Vuelven las preguntas?

—No lo extraña usted; todo el mundo desea saber qué clase de gentes mete en su casa. En fin, aunque ronque usted, no importa.

—¿Y usted qué es?

—¿Yo? Riojano.

—No pregunto eso.

—¡Ah! católico.

—Tampoco. ¿Pregunto de qué vive usted?

—De lo que se puede, hija mía, de lo que se puede. Hoy por hoy, soy empleado.

—¿Empleado? ¿Y no tiene nada usted por su casa?

—¿Pero, es usted mi confesor?

—Ya le he dicho que cumplo el encargo de mi señorita... Un empleado está expuesto á que le dejen cesante.

—Sí, y á morirse de repente y á que le coja un toro, y á que se le incendien los fósforos en el bolsillo... ¡Es usted la mujer más preguntona del mundo!...

—¡Vaya! no se incomode usted. ¿Se queda ó no con el gabinete?

—Me conviene... Estoy cansado de rodar por las casas de huéspedes, y como aquí por lo visto, la dueña es una señora...

—Lo que es eso puede usted decirlo en todas partes. En fin; aquí hay una paz que da gusto. ¡Y una limpieza! En cuanto le coja á usted cariño la señorita, va á tratarle á usted como si fuera su madre. ¡Es más buena!... No sabe usted cómo se puso cuando se murió *Chilin*.

—¿Chilín? ¿Su esposo?

—No, señor; un gatito que le había regalado el director de un periódico, donde ella escribía los versos. A poco más se envenena con el cardenillo de una palmatoria.

—¿Quién?

—La señorita. Le entró tal tristeza, con la muerte del gato, que quería suicidarse y todo.

—Vaya; ahí tiene usted el importe de un mes adelantado... Dentro de una hora vendrán á traer mi equipaje. Abur.

—¡Eh, eh!... ¡Oiga usted! ¿Come usted todos los días? ¿Tiene usted perro? ¿Tose usted por las noches?... ¡Caramba! Se fué y no he podido hacerle todas las preguntas que me había encargado la señorita...

—¡Juana..... Juana! <sup>\*\*\*</sup> ¡Doña Teresa, Doña Teresaaaa!...

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¡Pero, señora, esta casa es un campo de Agramante!...

—¿Eh?

—Hace dos horas que estoy esperando el desayuno.

—¿Y qué?

—¡Me gusta! ¡Que no me lo han traído!

—¡Oiga usted! Yo soy una señora...

—No lo dudo, pero á mí se me trata peor que á un trasto viejo.

—No me falte usted, Rodríguez, que no estoy acostumbrada á oír insolencias.

—Ni yo á vivir en una pocilga.

—¡Pocilga!

—Sí, señora; esta no es casa; aquí no se puede dormir ni descansar, las chinches me devorarán; ayer no pude tragar la sopa; antes de ayer me encontré un mechón de pelos en el guisado; aquí entra todo el mundo y se me revuelven los papeles, se me fuman los cigarros y se me registran los bolsillos... Este gabinete no se ha barrido desde la semana pasada, En vez de vino me da usted cocimiento de campeche ¡Ya no puedo más!

—¡Señor de Rodríguez! ¡Esta no es una casa de huéspedes, de las que está usted acostumbrado á frecuentar!...

—No; pero es una perrera.

—¡Yo soy una señora! ¡Mi esposo era juez de paz y ha actuado muchas veces como de primera instancia!...

—¡Pues, déle usted expresiones!

—¡Insolente!

—¡Bruja!

—¡Desvergonzado!

—¡Poetisa!

—¡A mucha honra! ¡Salga usted de mi casa!

—Devuélveme usted el importe del mes adelantado.

—Yo no tengo nada que devolver á usted. ¡El hombre que me insulta, no merece el menor sacrificio pecuniario! ¿Cree usted que soy alguna *patrona* vulgar, que lleva las cuentas?

—No es usted patrona; es usted una hiena, una serpiente y un demonio...

—Voy á llamar á la pareja, porque se me está injuriando.

—¡Vaya usted al infierno!

MORALEJA

Lector: no te fies de las señoras que admiten un caballero y *no es casa de huéspedes*.

LUIS TABOADA

## A LA VEJEZ VIRUELAS

(EN UN ALBUM)

Señora Doña Matea,  
respetable amiga mía:  
¿Con que unos versos desea?  
¿También con *album*—*mamiá*  
á sus años y tan fea?

Anoche,—¡qué compromiso!  
me dijo usted:—«Es preciso!  
Ponga lo que se le antoje;  
no tema usted que me enoje,  
pues que le doy mi permiso.»

Señora, ¡cómo ha de ser!  
con su petición me asedia!  
¿Qué pongo?..... ¡Vamos á ver!...  
¡Ya sé lo que he de poner!  
¡La pondré... de vuelta y media!

No se me ofenda usted ahora,  
pues tal encargo á su edad,  
francamente, me encocora;  
y estoy dispuesto, señora,  
á decirle la verdad.

¡Sí! La verdad lisa y llana!  
Con vieja tan casquivana  
vale pecar de grosero,  
y yo lo soy porque quiero  
y porque me da la gana.

¿Me dice usted que por qué  
no soy más cumplido, eh?  
¡Pues, nada! ¡No doy oídos!



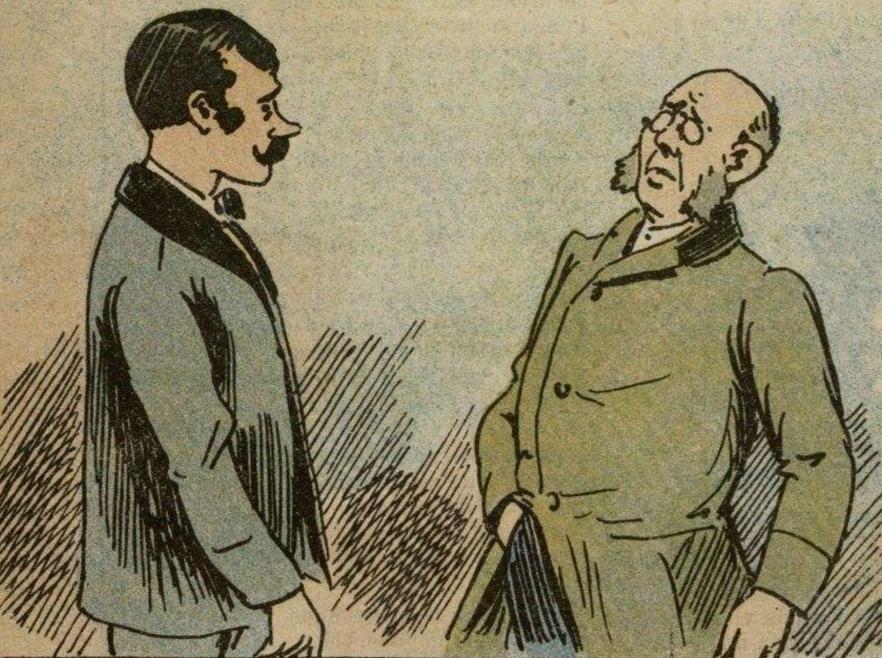
—¡Con que ya lo sabeis! La que quiera seguir en esta temporada, tres reales diarios y entrada al escenario.



—La primera plana del periódico doy cuenta del buffet del baile, en la segunda, y al llegar al cotillon me anda sobre usted.



—¿Qué dice de nuevo la prensa, D. Dimas?  
—Que el gobierno piensa distribuir los fondos de la suscripción nacional con toda escrupulosidad.



—¿Después de ocho años que viaja por cuenta de la casa, sale V. ahora con esas exigencias?  
—Es que ahora hay los accidentes ferroviarios



—¡Cómo pasa el tiempo! ¡Todavía me acuerdo de cuando yo pintaba... la cigüeña!



—No puede ser.  
—¿Por qué, ingrata?  
—Tendría celos el papá de usted.

Aquí ya no hay más *cumplidos* que los *sesenta* de usted.

Y que á esa edad—¡carambita!— que es una *señora edad* quiera usted—¡Virgen bendita!— echárselas de pollita, ¿no es una barbaridad?

¡Basta de contemplaciones! ¡No se haga usted ilusiones ni moleste á los poetas! ¡Váyase usted á los sermones ó póngase á hacer calceta!

Que una muchacha inocente pida unos versos, ¡corriente! lo encuentro muy natural; pero en usted, francamente, me parece mal, muy mal.

Es preciso que usted vea que su pretensión odiosa, señora doña Matea, es una cosa muy fea, por no decir otra cosa.

¿Pretende usted, por ventura, que emplee mi inspiración hablando de su hermosura? ¿Que elogie su dentadura que es de las de *quita y pon*?

¿Que exhale yo amantes quejas ante postizas guedejas? ¿Que den sus ojos antojos, si las niñas de sus ojos ya son, señora, tan viejas?

Es esta la poesía que usted anoche me pedía? ¡Pues no cuente con mi auxilio! Vaya usted, señora mía, á curarse á San Baudilio!

¿Versitos á usted?... ¡Canario! Cese, por Dios, desde ahora en su empeño estrafalario, y en vez de un album, señora, compre usted un devocionario!

VITAL AZA.

## UNA REPRESENTACIÓN CASERA

Grandes preparativos se hacen en casa de los señores de Gatopelado del Romeral, descendientes por línea recta de la pierna de Pelayo.

Los preparativos estaban justificados. Aquella noche debía representarse *Niniche* en el teatrillo de los señores de la casa, en complicidad con varios amigos de la familia.

Los señores de la supradicha familia eran cuatro: el padre, D. Recaredo; el hijo, D. Rodrigo; la madre, D.<sup>a</sup> Fedregunda, y la hija, Florinda.

Esta familia goda, á pesar de la antigüedad de su escudo, había entrado por uvas, es decir,

se había puesto á la altura de los adelantos modernos, dado caso que *Niniche* sea un adelanto.

Daban estos señores reuniones á las que asistía lo más selecto de los descendientes de los héroes de la Reconquista.

En ellas se trató, para que pudiesen lucirse las pollas y aún los pollos, de dar representaciones teatrales.

D. Recaredo quería algo en armonía con sus ideas de grandeza y heroísmo. Así es que propuso que se representase el *Pelayo*, *Guzmán el Bueno* ó la *Jura en Santa Gadea*.

Su esposa se pirraba por el teatro moderno de Echegaray, y quería *O locura ó santidad*.

Florinda optaba por la ópera y deseaba estropear *Los Hugonotes*, sin que estos le hubieran hecho nada.

Por último, se siguió el parecer de Rodrigo, el pollo, y se escogió *Niniche* por habérsela visto hacer toda la reunión á la Judit en el Teatro Lírico.

Unánimes todos los pareceres, solo se trató de comprar el librito y la música y repartirse los papeles.

La familia de Gatopelado del Romeral escogió los mejores, porque para eso eran los amos de la casa, ponían el teatro y los refrescos.

Comenzaron los ensayos y todos comenzaron también á desafinar y á hacerlo mal. D. Recaredo, que era director de escena, daba las entradas tan fuera de propósito, que un día el pianista le tiró la partitura á la cabeza y la dentadura que llevaba postiza. Luego se disculpó diciendo que había sido un arranque nervioso.

A fuerza de ensayos se consiguió por último que lo hiciesen menos mal.

El papel de *Niniche*, que lo hacía D.<sup>a</sup> Fredegunda, era el mejor desempeñado, porque dicha señora, según aseguraban lenguas viperinas, no descendía de una sangre tan pura como la de D. Recaredo, y hasta se murmuraba que había sido cómica de la legua, ó del kilómetro, como decimos por el sistema decimal.

Para vestir esta obra con todo el lujo que el caso requería, acudieron á *El Siglo* y á las principales tiendas de Barcelona, y marearon á los dependientes.

—¡Que mis trajes sean tan elegantes como los que sacó la Judit en esa obra!— decía doña Fredegunda.

—¡Que los trajes de baño— añadía su hija— han de ser con visos encarnados!

—¡Que los sombreros— añadía una tercera— sean de última novedad!

Por fin hicieron sus compras y se dispusieron á desollar á la pobre *Niniche*.

En este preciso momento tenemos la honra de presentar á nuestros lectores la familia de Gatopelado y sus contertulios.

¡Qué bureo en aquellos salones! ¡Cuánta elegancia! ¡Qué conversaciones más animadas! ¡Y cómo los convidados echaban la vista al comedor donde estaba preparado el *buffet* para cuando acabara la función!

El teatrillo de Gatopelado se hallaba situado en los bajos del edificio y las ventanas daban á la calle.

A las nueve bajaron para vestirse todos cuantos habían de tomar parte en la representación. A las diez había de comenzar el fusilamiento de *Niniche*.

■ En los cuartitos del teatro, que parecían ca-

marotes, las señoras se vistieron y se dieron colorete.

Como no había cuartos para todos, los señores se vistieron en el escenario, detrás de unas colchas que sostenían con amabilidad algunos pollos que no trabajaban.

Se encendieron todas, las luces, y á las diez en punto bajaron los que habían de hacer de público.

¡Qué feo estaba D. Recaredo con su nariz postiza! ¡Pues no digo nada su esposa!

Se había dicho que la función empezaría á las diez, y como es natural, eran ya las once y las señoras no estaban listas todavía.

¡Ay! ¡á esta que le falta un alfiler! ¡Ay, aquella que se ha de pasar el peine! ¡Ay, la de más allá que se ha hecho un desgarrón y hay que cosérsele! ¡Y la polla P. que todavía no sabe el papel y le da un repaso! ¡Y la niña N. que dice que quiere cantar porque está constipada!

Por fin se levantó el telon.

El coro de señoras empezó bien, por lo mismo que ninguna cantaba, porque les daba vergüenza.

El pianista, desesperado, gritó desde abajo:

—¡O cantan ustedes ó me voy!

En vista de una insinuación tan categórica, las señoritas no tuvieron más remedio que atacar la nota.

¡Nunca lo hubieran hecho! ¡Aquello parecía un concierto gatuno!

—¡Basta!— vociferaba el pianista.

—Eso no es cantar—decía un pollo aficionado á la música:—Eso es insultarnos.

Por fin concluyó el coro de introducción en medio del espanto de los circunstantes.

—Si así empiezan ¿cómo acabarán?— murmuraba un viejo.

No era eso lo peor. Como el calor apretaba, habían abierto las ventanas del teatro y todos los transeuntes se habían ido aglomerando para oír aquel desconcierto monstruoso.

Continuó la representación á tropezones hasta la canción de *Niniche* con el coro de señoras.

Todos estaban temiendo un cataclismo.

La excómica D.<sup>a</sup> Fredegunda, que con los años había perdido los papeles, atacó bruscamente su parte y soltó tres gallos á las primeras de cambio. Las niñas del coro la imitaron y parecía el teatro de los Gatopelados un verdadero gallinero.

—¡Una escopeta! ¡que quiero cazarlos!—decía un sietemesino cazador.

El grupo de la calle, que ya pasaba de doscientas personas, pidió en masa el arrastre para aquellos desgraciados, en medio de los mayores improperios.

Los serenos tocaron el pito y acudieron nuestras primeras autoridades. Un comisario de policía que se presentó el primero, hizo suspender la representación por cuestión de orden público.

En un tris estuvo que no llevase presos á todos aquellos artistas improvisados.

Se cerró el teatro y todos los convidados subieron al *buffet*.

Allí, para vengarse, se comieron vivos, metafóricamente hablando, á los dueños de la casa.

Don Recaredo tuvo una enfermedad, su esposa dos, y sus hijos cuatro.

Todavía cuando se acuerdan de la noche de *Niniche* se ponen pálidos.

—¡Si hubiéramos hecho el *Pelayo*!— suele decir el padre.

—Nos asesinan— contesta el hijo.  
Y puede ser que tenga razón.

DANIEL ORTIZ.

## MELONADAS

El que está loco perdido  
por una mujer casada  
y soborna á la criada  
para que aleje al marido,  
si despues de conseguido  
no aprovecha la ocasión...  
¡es un melón!

El que habiendo recibido  
en algun trance apurado,  
aun sin ser solicitado,  
un favor inmerecido,  
y al mostrarse agradecido  
raya en la exageración...  
¡es un melón!

El hombre que tiene suegra  
que le da mil sofocones  
y que por no armar cuestiones  
padece la pena negra,  
y hasta hay veces que se alegra  
de recibir un sofión...  
¡es un melón!

Aquel prestamista chocho  
que prestando al seis por ciento  
se le presenta un momento  
de prestar á un diez y ocho,  
y por ser un poco mocho  
desperdicia la ocasión...  
¡es un melón!

El que falta de dinero  
ve que se pasan los días  
y con un real de judías  
puede estarse un día entero,  
si sus penas placentero  
sufre con resignación...  
¡es un melón!

El marido receloso  
del primo de su mujer,  
que se llega á convencer  
de que el primo la hace el oso  
y que por ser generoso  
no le rompe el esternón...  
¡es un melón!

El que, como yo, enjareta  
melonadas á granel  
para que Ortiz (D. Daniel)  
las publique en LA SAETA,  
si blasona de poeta  
sin tener disposición...  
¡es un melón!

MIGUEL L. SANTERO

COSAS



—¿Te acuerdas de cuando nos casamos? Parecíamos dos pajaritos.

—Sí; ahora hemos cambiado de especie; parecemos dos gorrinos... y dispensa la manera de señalar.

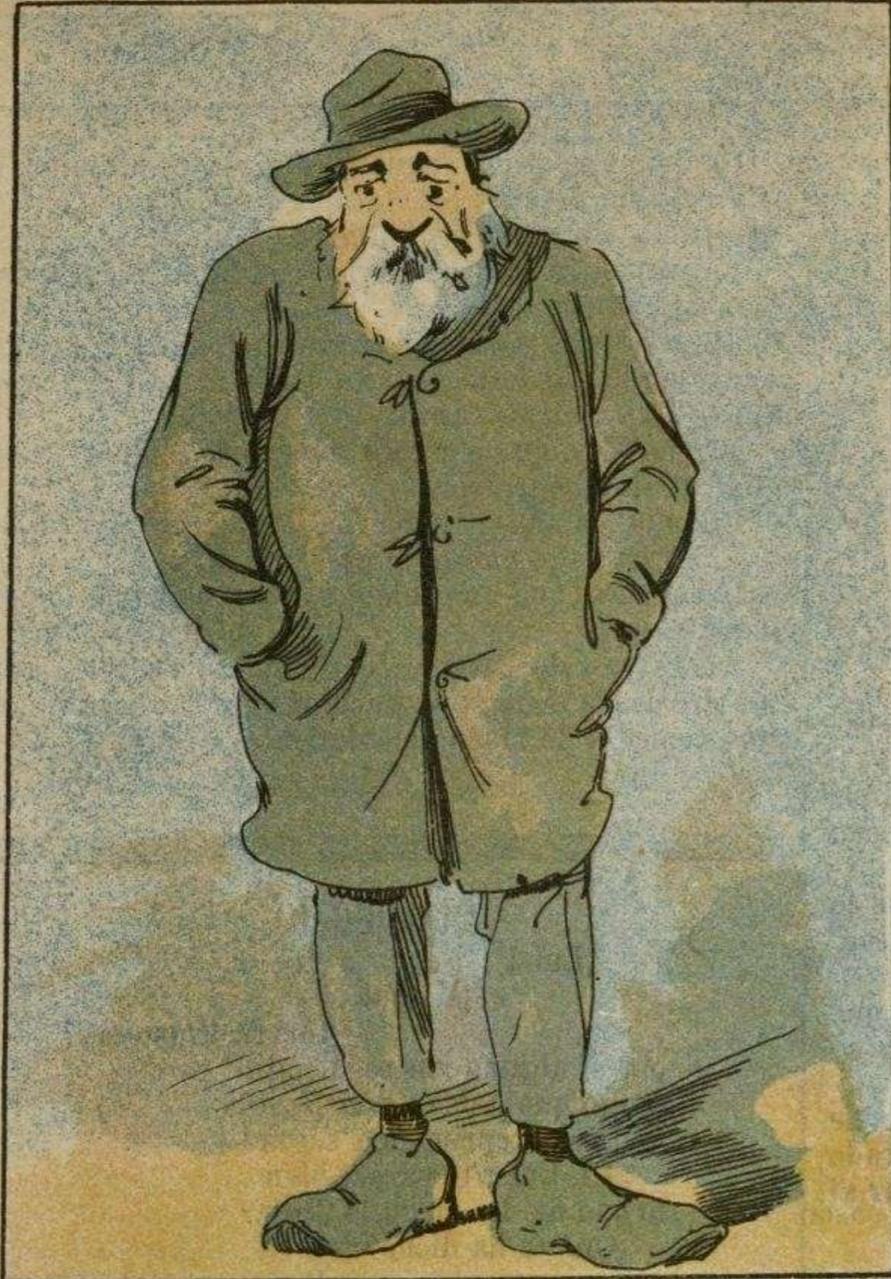


—¡Y pensar que yo he sido vista de Aduanas!... También es verdad que entonces veía algo menos.

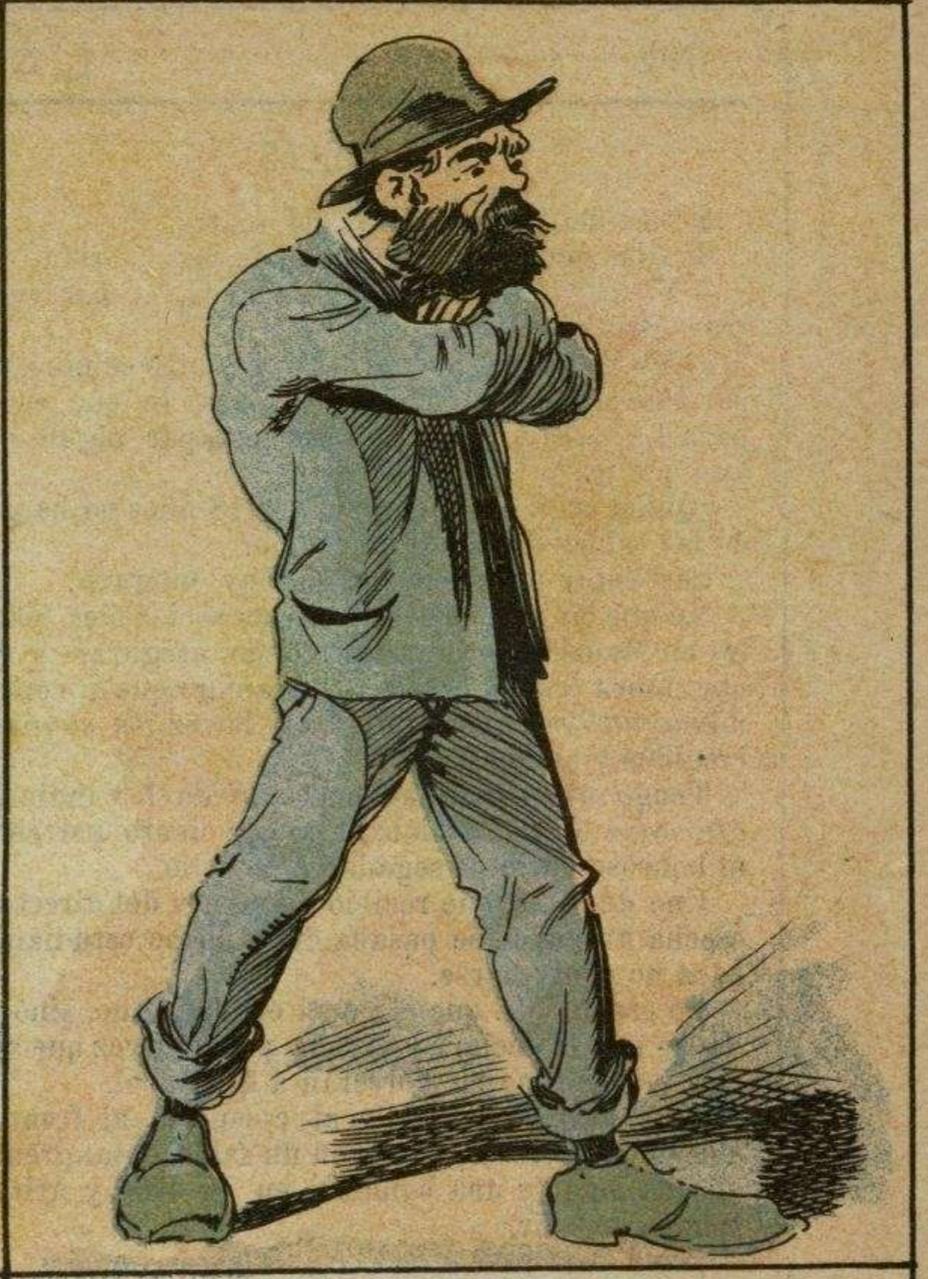
—Si él se vuelve y me dá un palo, y yo me lo dejo dar... ¿Qué vá á decir ella entonces?... Pues no sé lo que dirá.

*M. González*

LOS EXTREMOS DE LA MADEJA



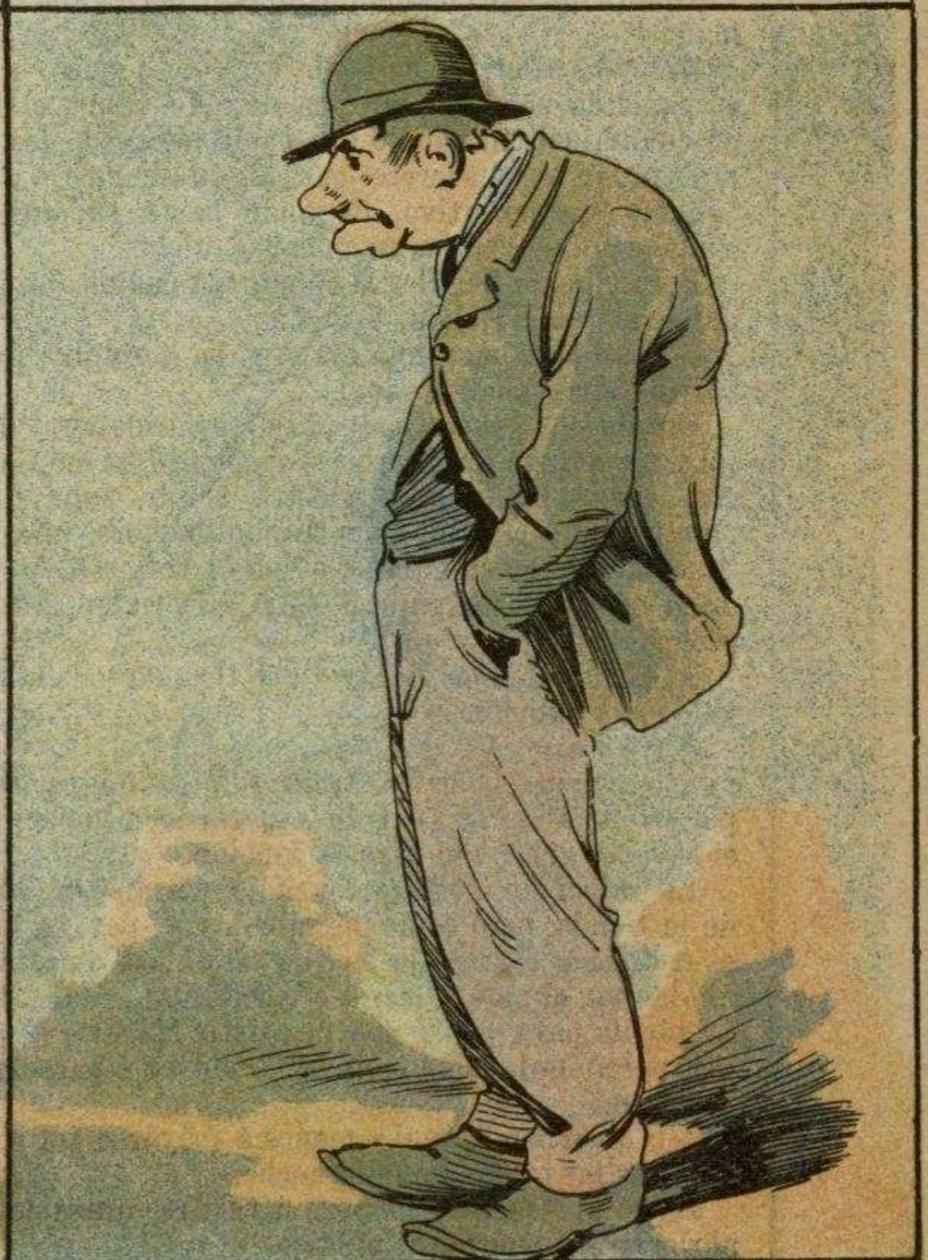
Socialista.



Anarquista.



Íntegro.



Alfonsista y carlista al uso. Carlista.

## LAS TABLAS

No las de la ley sinó las del teatro.

Si ellas pudieran hablar ¡qué de cosas dirían!

—Yo he tenido la honra de ser pisado por Gayarre—diría una.

—Yo he visto..... seguiremos por otro camino, pues por este sería fácil que me olvidara de que escribo para LA SAETA y se me podía escapar algún *ripio* aun que no lo tengo por costumbre.

¿Quién es el español que á los 18 años no ha pisado las tablas de algún escenario?

Casi estoy por decir que no hay ninguno.

Yo que he pertenecido á varias sociedades teatrales en Madrid y provincias puedo asegurar á Vds. que nunca *tropecé* con ningún amigo que al contarle mis *triumfos* no me explicara á la vez los *suyos* corregidos y aumentados.

Tengo observado además que de los individuos *atacados* de esa afición, el 35 por ciento pertenecen al honroso oficio de segadores de vello.

Uno de estos, que recibió de manos del director de escena un papel, se pasaba día y noche estudiándolo para no equivocarse.

No crean Vds. que el papel era largo no, sinó que era lo que él decía: Si para la primera vez que *salgo* lo *hago* mal, no me volverán á dar papel.

Este se reducía á salir al escenario al frente de unos cuantos *comparsas* con un sable ensangrentado en una mano y una bandera en la otra y gritar al tiempo de salir.

¡Viva Carlos V!

Era el final del acto segundo y por lo tanto había que hacer lo posible para que saliera bien.

¡Infeliz del que en aquellos días se entregaba en sus manos!

Mientras afeitaba no hacía otra cosa que *recitar* su papel en voz baja, sin perjuicio de subir el tono de cuando en cuando, lo que hacía pensar á los que no estaban en el secreto que algún disgusto grave le tenía tan pensativo, llegando hasta suponer algunos, que no estaba en su cabal juicio.

Pero cuando llegaba al colmo era cuando se quedaba solo en la tienda.

Con un bastón en una mano y la horquilla de la cortina ensayaba su papel.

Un día que estaba ocupado de esta manera entra un parroquiano en el preciso momento en que Macario—que así se llamaba nuestro héroe—salía de la trastienda en actitud poco tranquilizadora dirigiéndose hacia el parroquiano, quien al verle así, creyendo que iba á darle un palo salió á la calle gritando ¡socorro! ¡aquí hay un loco!

Al mismo tiempo Macario gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Viva Carlos V!

El escándalo que se armó fué grande, pero no por eso dejaba Macario de esperar con impaciencia el sábado, día fijado para la función.

Llegó por fin, y Macario pidió permiso al dueño de la tienda; pero como los sábados y por la noche es cuando más trabajo hay en esta clase de establecimientos, el amo le negó el permiso, lo cual no fué obstáculo para que dejase de asistir Macario al teatro, pero con la condición de no volver á parecer por la tienda.

A todo se conformaba menos á privarse del placer de pisar las tablas aquella noche.

Llegó al teatro y empezó á vestirse antes de que abrieran las puertas al público.

Aun no habían alzado el telón y ya Macario estaba entre bastidores con la bandera y el sable.

Cuando empezó el segundo acto, la respiración de Macario era difícil y los latidos que daba su corazón se podían oír desde las butacas.

Por fin el traspunte le avisó con la palabra sacramental «prevenido»

Poco le faltó á Macario para caer al oírle, pero se apoyó en la bandera, hizo un esfuerzo y salió gritando:—¡Viva Quirlos canto!

¿Creen Vds. que por este fracaso se le quitó la afición? ¡Ca! al contrario.

Cuando los amigos subieron á felicitarle les dijo:

—Yo no hago *queso* de esas *casas*, digo, caso de esas cosas: el que uno se *equivique* una vez no quiere decir *nido*.

Ahora ya está curado. Desde que le descerrajaron un tiro desde la cazuela haciendo de transeunte en una comedia de mucho movimiento.

JULIÁN DE LA CUESTA.

## DIÁLOGO (1)

—¡Luis!

—¡Mamá!

—Cierra la puerta

por si alguno nos escucha!

tengo que hablarte en secreto

—(¡Pues reprimenda segura!)

—¿Dí, Luis; te parece bien

lo que me ha dicho la Julia?

—¿Qué te ha dicho?

—Pues, que ayer

la estrechaste la cintura

y la besaste en la boca;

ya sabes, hijo, que nunca

te he reprendido; aunque sé

que en juergas con... la gentuza,

te gastas un dineral,

bebes, derrochas y triunfas;

pero, en casa no permito

que hagas una de las tuyas.

¡La Julia, como es honrada...

Qué ¿te sonries? ¿lo dudas?

—¡Mamá, escúchame un momento

y luego tú misma juzgas!

Hará, unos dos ó tres años,

que á tú hoy doncella, á Julia,

conocí... en no sé qué baile,

era... una de esas...

—¡Conque una...!

—Como tú estabas buscando

doncella, te mandé á Julia,

así me ahorraaba dinero

y la tenía segura.

—¡Es posible!

—¡Y tan posible!

—¿Y porqué entonces se asusta,

porque tú la hayas besado?

—Toma; porque lo que busca

es que compre su silencio.

—¡Pues, hombre; está bien, me gusta!

¡Voy á echarla, ahora, enseguida,

aquí no quiero gentuza!

¡Luis, lo que es esta tratadas

no te la perdono nunca!

—(La mentira surtió efecto;

voy á avisar á la Pura;

mamá, buscará doncella,

se presenta y... ¡soy un trucha!..)

ALBERTO DE OJEDA

(1) De un «Juguete» que me silbarán... ¡como si lo viera!

## MISCELANEA

En una escuela.

- ¿Quién hizo el mundo?  
—Mi padre.  
—¿Cómo?  
—Tanto que yo mismo le ayudé á poner las visagras y empapelarlo por dentro.

En un coche de tercera iban dos aragoneses camino de Zaragoza á casa de unos parientes.

De pronto paróse el tren y el más viejo al más imberbe, preguntó:—¿Nicolásico, sabes tú qué pueblo es este?

Miró por la ventanilla Nicolas, y leyó en frente un letrado que decía esta palabra: *Retrete*.

—¿Retrete?—dijo el baturro—  
Pues vamos, si te parece, á tomar un bocadillo, porque me siento muy débil.

En una tienda.

- ¿Venden aquí relojes de todas clases?  
—Pida usted.  
—Yo quisiera uno de sol.  
—¿Y para qué, si tiene usted tan poca sombra?

- ¿Desde cuándo es V. mudo?  
—De nacimiento, señor.  
—¿Pues cómo habla V. ahora?  
—Es que hablo estrictamente lo necesario.

—Diga V. buena moza y perdone: ¿es V. hija de Valencia?

—No, señor; yo soy hija... de mi padre

Se habla de desatíos.

—El primer duelo lo tuve yo en la Habana—decía un caballero muy formal.

—¿Y á qué fué? ¿á pistola?

—No, señor; se me murió mi mamá política.

## Cuento

## I.

—De estar aquí parado con razon dudo,  
Pues no pasa un amigo para un remedio,  
Y hoy tengo un compromiso morrocotudo,  
Que quiero á todo trance quitar de en medio.  
Hoy me es ya muy preciso dar un sablazo,  
Para llevar á casa varias libretas,  
Y sí acaso algun primo por fin no cazo,  
Al mismo Dios le pido cinco pesetas.

## II.

Así racionaba Pedro Sevilla  
Y mientras estas cosas iba pensando,  
Oyó sonar muy cerca la campanilla  
Que al Viático cual siempre va acompañando.  
Estando Pedro cerca se arroja al suelo,  
Y exclama con voz fuerte:— ¡Rey de profetas,  
Autor de lo creado, Señor del cielo,  
¿Quieres prestarme ahora cinco pesetas?

JOSÉ M.<sup>a</sup> SOLIS MONTORO.

Una señorita se había enamorado de un mozo de café.

Cuando la niña iba al establecimiento con sus papás, hallaba el medio de declarar su pasión al objeto amado.

El mozo se acercaba y preguntaba: ¿qué quieren ustedes?

El padre pedía cerveza, la madre chocolate y la niña, mirándole con ojos lánguidos, decía: *Te quiero*.

En un día de mucha miseria salía un desgraciado gritando por las calles:

—¡Yo no quiero caldo! ¡yo no quiero caldo!

—¿Por qué dice V. eso?—le preguntan.

—Por que estoy muerto de hambre, y como dicen que al que no quiere caldo le dan una taza y media... Es pero la taza y media

— ¡He perdido la fé!—decía con tristeza delante de varios amigos un caballero anciano.

—¿La fé política? ¿la fé en amor? ¿la fé en la amistad?—le preguntan

—No, señores; la fé de bautismo.



*Cuca.*—Lo publicaré

*P. O. (Palma).*—Eso es una mala imitación de Becquer.

*F. G. y G.*—Veré si pueden ir algunos cantares.

*F.*—No envíe V. la firma porque no sirve.

*Diego.*—El articulillo es flojo. Además necesitaría lima y yo soy muy perezoso. Por no limar, ni mis trabajos limo siquiera.

*M. de P. S. y S.*—La composición resulta inocente para un periódico festivo. Además hay versos como este:

«Tesoros de alegría, de amor y de fé» que no está bien medido.

*M. L. C.*—Iba por V., solo que los cajistas variaron la última inicial.

*A uno que me compadece.*—¡Para qué no apostó usted, tontin?

*M. B. de P.*—Publicaría el segundo soneto si hubiera estado mejor redondeado al final.

*L. Ch.*—Empieza usted:

«Rosario, voy con claridad»

Y ahí sobra una sílaba.

*J. F. L.*—No sirve.

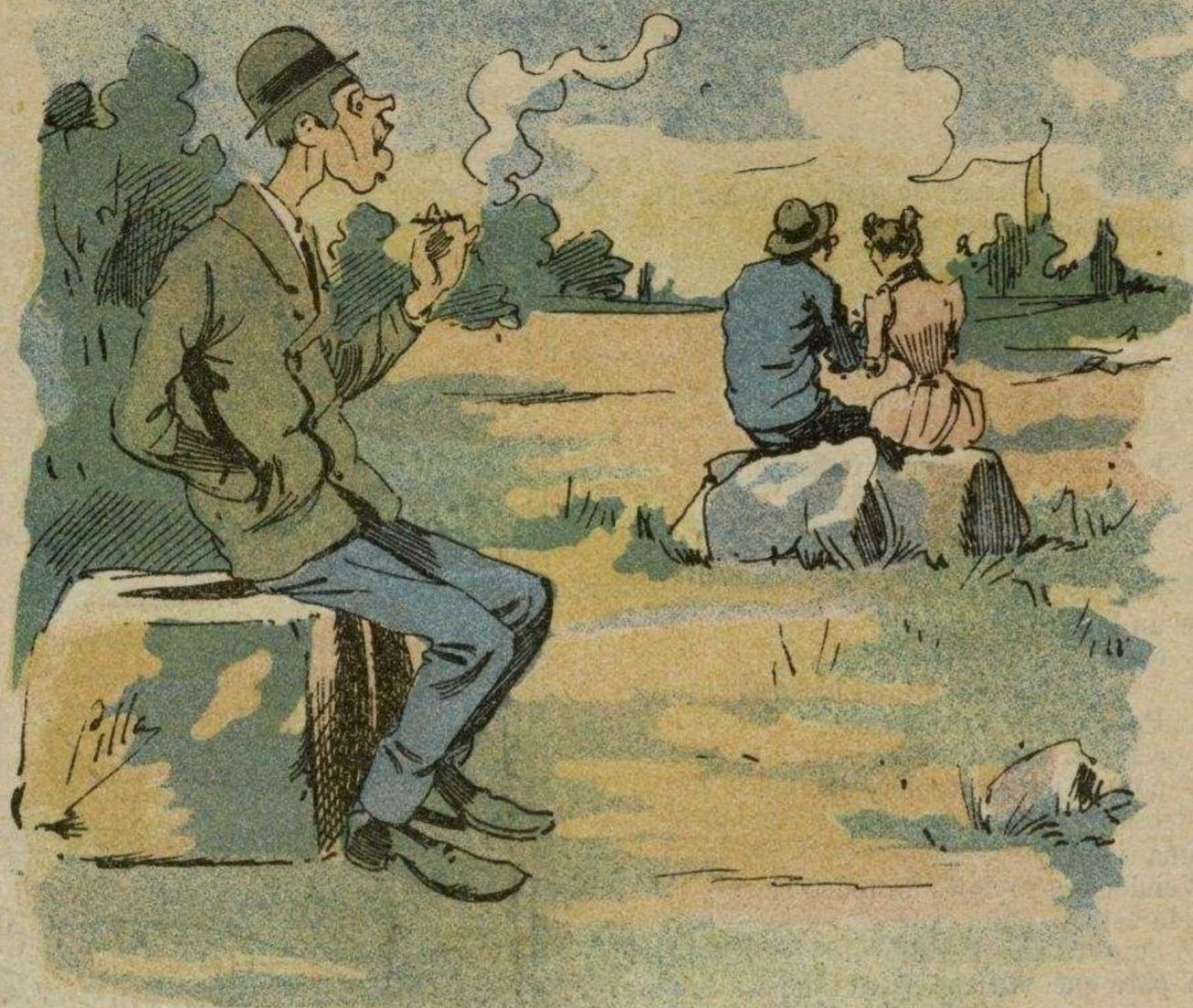
*Perico de los P.*—Algunos cantares pueden servir Si quiere mande la firma, si no saldrá con el pseudónimo.

*J. C. M. (Vigo).*—Según V. me dice el Sr. K. K. O. me ha dado un timo publicando en este semanario versos de V. Asi lo creo, porque esto nos sucede muy á menudo. V. me dispense la parte inocente que yo he tomado en ese asunto.

*Cucufate.*—Irán la mayor parte de los cantares.

*J. O. A.*—No tiene lances.

*A. F. T. (Burgos).*—Lo publicaré, aunque sea más adelante.



Me está causando dentera  
con sus amorzuelos Paco,  
pero ya dijo un tronera:  
A mal dar, fumar tabaco  
de la vil Tabacalera

ANUNCIOS

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**LA SAETA**

**PERIÓDICO SEMANAL**

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

*España:* Semestre, 5 ptas.—Año, 8 ptas.  
*Extranjero y Ultramar:* Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.—Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

**CUIDADITO CON ESTO**

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, Don Julián Rodríguez.—Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.